

ÍNDICE

MORTE D'URBAN

Obertura	17
El plátano verde	31
Un gran sitio, este	51
En breve	75
Días grises	101
Un par de noches antes de Navidad	125
Navegando contra el viento	147
Lo máximo que un hombre puede hacer	177
Los segundos, solo superados por	
La Standard Oil	201
Querido Billy:	229
Veinticuatro horas en una diócesis extraña	267
Chochines y estorninos	299
Dios escribe...	319
...con renglones torcidos	349
Belleisle	367
Uno de nuestros mejores hombres	391
Endecha	417
EPÍLOGO de Ce Santiago	429

«La vida de todo hombre es un diario en el que se pretende escribir un relato, y se escribe otro...».

J. M. BARRIE

MORTE D'URBAN

Primero tengo que contarles algo sobre nuestro prior provincial. En la provincia de Chicago de la Orden de San Clemente hay su buen centenar de sacerdotes y frailes –todos rinden cuentas a él–. Sí, incluido un servidor. Y él a su vez rinde cuentas a otra persona, y así sucesivamente, hasta el mismísimo santo padre, quien, por descontado, rinde cuentas a Alguien Más. Pero volvamos a nuestro prior provincial. Un hombre puede quizás sentir debilidad por los coches nuevos, otro por los coches antiguos, etcétera. Ya saben lo que quiero decir. Pues bien, la debilidad de nuestro prior provincial son, por lo visto, las abejas. En el noviciado siempre hemos tenido gallinas, patos y gansos, además de ovejas, cerdos y reses. Puede que hasta tengamos uno o dos caballos en el noviciado –casi cualquier cosa que sean capaces de imaginar, menos abejas.

–Pero padre –le dije el otro día a nuestro prior provincial–, ¿me está diciendo que salga y les diga a esas buenas gentes: «Por diecinueve centavos al día, amigos míos, pueden vestir, alimentar e iniciar a un joven en el sacerdocio»?

–Eso mismo, padre Urban –dijo él–. Tenemos cifras que lo demuestran.

¿Y cómo nos las vamos a arreglar?, preguntan ustedes. Lo mismito que yo a nuestro prior provincial.

—Bueno, padre Urban —dijo—, como sabe, ahora disponemos de nuestras propias abejas.

No, adelante, ríanse, buenas gentes; en aquel momento a mí también me entraron ganas de reírme. Pero el hecho es que nos las arreglamos. Y si nosotros podemos, ustedes también. Por diecinueve centavos al día, amigos míos. Desgravables. A propósito, por si los necesitaran más tarde, encontrarán formularios de donaciones y lápices en el reclinitorio de al lado.

OBERTURA

Había sido un día de suerte para la Orden de San Clemente el día en el que después de misa el señor Billy Cosgrove entró en la sacristía de una iglesia de provincias y le estrechó la mano al padre Urban. Billy, un hombre de aspecto influyente y cincuenta y muchos años, muñecas velludas y bronceado (por el golf y la vela, descubriría el padre Urban), elogió efusivamente el sermón —en el cual el padre Urban había bramado y susurrado y canturreado sobre Francisco de Asís e Ignacio de Loyola y Clemente de Blois y Luis de Francia y Eduardo de Inglaterra y Carlos el del Sacro Imperio Romano—. Fue él quien pese a ser, cabría decir, dueño y señor de Europa, a la postre deseó una sociedad solo de monjes; fue él quien ensayó su propio funeral, se tendió en su féretro, se sumó a las oraciones por el descanso de su alma, mezcló sus lágrimas con las de los concurrentes; fue él quien se levantó de su féretro en perfecto estado de salud, se retiró a sus aposentos y cayó presa de unas fiebres que al poco acabaron con su vida. Y lo asombroso fue que el padre Urban fue capaz de proseguir con ese eufórico «fue-él» sin minimizar ni una pizca la importancia de convertirse en un benefactor de poca monta de la Orden de San Clemente.

Billy, sin embargo, dejó la sacristía sin decir nada acerca de una contribución, ningún formulario de donaciones llevaba su nombre y las canastas de la colecta no depararon sorpresas. El padre Urban bien podría haberse olvidado de él. Pero al sábado siguiente, en South Bend, tras el partido de la Southern Cal contra Notre Dame, Billy volvió a aparecer —fue él quien llamó a voces al padre Urban desde una limusina Rolls-Royce gris—. El padre Urban dejó a sus compañeros, un par de novicios de la mejor cepa, y volvió a Chicago con Billy y sus acompañantes, dos hombres de la edad de Billy (y del padre Urban) con pinta de ejecutivos. No estaban borrachos, pero habían estado bebiendo, y al padre Urban, sentado delante con el chófer, le costó entrar en la conversación. Casi todo lo que pudo averiguar de Billy fue que vivía en North Shore y que estaba teniendo problemas con la leña que quemaba en sus chimeneas. Fue suficiente, aun así.

Unos días más tarde, Billy se pasó por las oficinas de la orden en el viejo Loop¹. El padre Urban había albergado la esperanza de volver a verlo, pero lamentó que tuviese que suceder allí. El viejo edificio que ocupaban los clementinos llevaba años en concurso de acreedores y parecía... parecía en ruinas, de hecho. Los clementinos estaban en la quinta planta. El anterior inquilino, un editor de libros de «ciencia sexual», había prosperado y se había mudado, pero las puertas de cristal esmerilado aún mostraban las palabras Presidente, Ventas, Editorial, Legal y Dr. Merluzo. No haber hecho nada con aquellas palabras, ni haber pintado ni limpiado nada en todo el tiempo que llevaban de alquiler, era ya una cuestión

¹ Barrio de la ciudad de Chicago.

de orgullo para algunos de sus colegas, le contó a Billy el padre Urban.

–Pero francamente, señor Cosgrove, creo que estamos magnificando el tema de la pobreza.

Billy agradeció al padre Urban el cargamento de leña diciéndole que se había llevado una enorme sorpresa y sugirió dar una vuelta por el campo. Bajaron hasta el coche que se acababa de comprar, un descapotable rojo fuego, motor al ralentí y aparcado en doble fila, pero con un amable policía vigilándolo. Billy, prestando más atención al coche que al padre Urban, condujo hacia el este, luego al norte, hasta coger la Outer Drive. Cambiaba de un carril a otro desafiando las normas de tráfico y de seguridad, y sin dar explicaciones al padre Urban, que se había quedado callado, adelantaba cualquier cosa a la vista, y cuando un coche patrulla salió flechado de su escondite y se le puso a la par, él sonrió a los agentes y... señaló al padre Urban vestido de cura. El coche patrulla fue quedando atrás y el descapotable rojo siguió igual durante un rato.

–Espero que no le haya molestado –dijo Billy al poco. Ahora conducía a menor velocidad y el padre Urban lo tomó en consideración.

–Oh, supongo que no –contestó, con una carcajada. Pero le había molestado, y aún le molestaba. Después de pasar Evanston, y como al parecer no se dirigían a ninguna parte en concreto, aunque de nuevo a toda velocidad, el padre Urban sugirió visitar el noviciado, que se hallaba unos kilómetros al este.

–¿Por qué no? –dijo Billy.

El noviciado era un seminario mayor y menor, un hogar para clementinos ancianos e inválidos, un refugio para los

misioneros a la espera de destino («Somos ante todo una orden que predica, señor Cosgrove, que predica y que enseña, cabría decir»), y la sede central de la provincia de Chicago («Siempre he pensado que a esta se la debería conocer como la Occidental, o a la otra como la de Nueva York o Boston en lugar de la provincia Oriental, como se la conoce. O una cosa o la otra, señor Cosgrove, ¿no le parece? Dos provincias sin más, sí. Separadas pero iguales. No, a decir verdad, la nuestra es la más consolidada. ¿Telón de acero? Sí, supongo que vendría a ser algo así —o sea, en lo administrativo— pero durante los últimos años he viajado por todo el país. No, en este momento soy prácticamente el único que lo hace de manera regular. Sí, me hago cargo de que lo decía como un cumplido, pero no creo que la expresión competencia desleal sea en efecto el término, ni siquiera competencia. Hay entre nuestras dos provincias un espíritu excelente y abierto, igual que entre las provincias de otras órdenes, y lo mismo entre nuestra orden y las demás. Estamos juntos en esto... un solo ejército grande y feliz, cabría decir»).

El noviciado era también la fuente de los leños de roble que habían terminado en la casa de Billy Cosgrove en North Shore, pero solo tras cierta disputa, pues pese a que en el noviciado había madera en abundancia, y no escaseaba el trabajo esclavo, la granja y la leña estaban en manos de unos picajosos. Habría resultado mucho más sencillo sacar un hatillo de libros de la biblioteca. Ah no, le dijeron al padre Urban, puede que no echemos en falta la leña, pero eso no significaba que los de fuera tuviesen derecho a ella, y que el único que podía dispensar dádivas a tan gran escala era el prior provincial, etcétera. El padre Urban se ofreció a

pagar la leña de su bolsillo, y podría haberlo hecho. Como clementino, no tenía ninguna posesión, y la sotana que llevaba en el noviciado carecía de bolsillos –pues san Clemente de Blois, el santo fundador de la orden, había considerado que la raíz del mal no estaba tanto en el dinero como en los bolsillos– pero el padre Urban se hallaba la mayor parte del tiempo ausente del noviciado, y durante sus ausencias los bolsillos se le llenaban. Aun así, era fiel a su voto de pobreza –al espíritu, sin embargo, más que a la letra–. Para alguien de su posición, no podía ser de otra manera. Siempre, tras hacer cuentas en el noviciado, se daba algún superávit: *no* en los estipendios de las misas, los cuales debían entregarse y tramitarse, sino regalos personales de seglares agradecidos y de curas comprensivos, billetes de cinco, de diez y veinte dólares literalmente olvidados entre los efectos del padre Urban o que le tendían con discreción porque viajar en primera clase costaba mucho más de lo que uno podía esperar que le asignara cierto tesorero agarrado sin que se perdiera el respeto a sí mismo y a su trabajo.

A pesar de todo, el padre Urban se hizo con la leña, después de decir:

–Da la casualidad de que me consta que los dálmatas están intentando camelarse a ese hombre.

Mientras enseñaba a Billy los terrenos, se encontró con dos de sus anteriores antagonistas, ahora todo sonrisas.

–Pues sí, señor Cosgrove, cuando se enteraron de que la leña era para usted, temieron que no fuera lo bastante buena –dijo.

–Tenemos más que de sobra –dijo uno.

–Coja toda la que quiera –dijo el otro.

Avanzando, el padre Urban condujo a Billy hasta la Gruta de Nuestra Señora. Se arrodillaron un momento para rezar. Después bebieron del arroyo.

–Tendrían que embotellarla –dijo Billy.

–¿Cree que sería rentable?

–No.

El padre Urban rio.

–Tengo entendido que nuestros buenos amigos los padres dálmatas están vendiendo jamones.

–Deberían venderse *ellos*.

El padre Urban volvió a reír.

–Esa es buena –dijo.

Pese a que cada vez más órdenes se veían en la necesidad de meterse en algún negocio, todavía quedaban seglares, y no todos chiflados, que veían con malos ojos ese progreso. Billy Cosgrove, por lo visto, era uno de ellos.

El padre Urban regresó a Chicago con Billy, cenó con él en L'Aiglon y luego tomó un coche cama hacia Cincinnati –todavía sin saber qué pensar de aquel hombre–. Su conversación había derivado al mundo de los trenes, tema en el que Billy era un experto, y no pasó de ahí. El padre Urban había esperado que algún asunto de naturaleza delicada surgiría la vez que lo invitó a dar una vuelta, y lo mismo cuando lo invitó a cenar, pero Billy, viudo y sin hijos, no parecía tener problema alguno en el mundo. En cierto modo –pues había muchísimos problemas sencillamente irresolubles– el padre Urban se alegró.

Hacia finales de octubre, cuando el padre Urban regresó por unos días a Chicago, Billy lo llevó a almorzar al Pump Room. Luego, anduvieron hasta una dirección cercana,

una tienda con media fachada de madera y escaparate con parteluz.

—¿Alguna pregunta? —dijo Billy.

—Después de usted —dijo el padre Urban.

Billy lo condujo al interior, a una sala de exhibición que, a juzgar por un par de carteles, había dejado libre una productora o distribuidora de discos de greñudos —«¡Estilazo Ltd.!»—. El padre Urban siguió a Billy por un pasillo hasta la parte trasera, en la que había un almacén. A la vuelta, Billy abrió del todo las puertas de los cuartos que daban al pasillo, tres a cada lado —despachos—. Abandonaron la sala de muestras por una puerta lateral y salieron al vestíbulo de un edificio de apartamentos de gente bien. Subieron en un ascensor automático y al poco estuvieron paseando por la azotea. El padre Urban no hizo preguntas y Billy, sin duda disfrutando con aquella pantomima, no dio explicaciones.

Contemplaban Chicago y el lago Michigan cuando, al fin, Billy habló para decir que a la azotea se le podría dar alguna utilidad, quizá recreativa.

—Sería un domicilio de prestigio para *cualquier* empresa —dijo después, tras una pausa.

El padre Urban miró a la lejanía del agua, adonde un velero recalaba, y pensó que aquel era el preámbulo más largo e inútil que había vivido jamás. Le decepcionaba que las intenciones de Billy, hasta entonces un misterio, hubiesen acabado así, puesto que, por descontado, Billy estaba perdiendo el tiempo si esperaba alquilarle su propiedad a los pobres clementinos. Puede que el padre Urban fuese el hombre adecuado, pero se había equivocado de orden. El padre Urban se preguntó si no tendría él parte de culpa. Había pintado una

imagen bastante prometedora de la Orden de San Clemente, y Billy podría haber interpretado, pongamos, «extensa», uno de los términos preferidos del padre Urban, como un modo de decir, pongamos, «floreciente», etcétera, desde el principio. Justo cuando el padre Urban estaba abriendo la boca para decirle a Billy que lo hablaría con el resto de padres (*No nos llame, le llamaremos nosotros*), oyó decir a Billy:

–Se lo dejo a cambio de un cántico... de una plegaria, padre.

Billy lo había dicho completamente en serio.

Durante la siguiente reunión del cabildo, que vino precedida de una visita para inspeccionar la propiedad, los clementinos votaron a favor de aceptar los términos más bien medievales de Billy. Recibiría de los clementinos tres cargamentos anuales de leña de roble y compartiría, como hacían otros muchos laicos, los frutos espirituales de sus obras.

Era de esperar que el padre Boniface, el prior provincial, lo quisiera todo por escrito, pero dio tanto la tabarra con esa cuestión que echó a perder el que por lo demás fue un acontecimiento feliz para el padre Urban.

No mucho después de que dejaran la vieja sede en el Loop, Billy le enseñó al padre Urban un apartamento en la última planta de la nueva ubicación. Ese apartamento, con fácil acceso a la azotea y a sus maravillosas vistas, era el que ocupaban ahora los clementinos –el personal de oficina de entre semana, religiosos que pasaban el día en la ciudad o a la espera de transbordos–. Por desgracia para el padre Urban, se hallaba normalmente fuera de la ciudad durante los fines de semana, cuando el piso se quedaba vacío, y, cuando no lo estaba, cuando coincidía con el personal de oficina, bueno...

incluso en el noviciado, donde había unos cuantos espíritus afines, había descubierto en los últimos años que para él un poquitín de vida en comunidad daba mucho de sí. Y pese a todo el apartamento cumplía con su cometido. No era el apartamento lo que había decepcionado al padre Urban en la nueva sede.

Él quería que la espléndida sala que daba a la calle fuese una galería de exposiciones –delicados grabados, manuscritos iluminados, mapas antiguos, volúmenes encuadernados en piel, alfombras persas, butacas y demás– todo en consonancia con las paredes revestidas en roble, la ventana con parteluz y la chimenea. Quería que fuese un lugar de encuentro que invitara a los transeúntes a entrar a charlar, a hojear los más recientes libros y publicaciones de calidad. A los famosos que visitaban Chicago se los podría persuadir para que se dejaran ver por allí, y hasta podrían darse charlas, no todas sobre asuntos religiosos, y en ningún caso desde planteamientos conservadores o polémicos. Aquel podría ser un modo de hacer el bien en cotas sorprendentes, de forma indirecta. Por descontado, siempre sería posible que cualquiera que así lo deseara se sentara con uno de los sacerdotes. Si conseguían conversos en un entorno como aquel, serían con bastante seguridad de la categoría que necesitaban con urgencia y que por lo general descuidaban: la categoría superior.

Pero el padre Boniface había dicho no a todo aquello –en su cabeza, la idea de semejante rincón estaba más asociada a la Ciencia Cristiana– y la sala fue decorada con cachivaches que trajeron del noviciado en un camión: mesas y sillas de patas de garra, inhumanamente altas y duras, y enormes,

píos cuadros (copias de obras maestras del Renacimiento, ejecutadas por un clementino ya fallecido) en los que todo el mundo parecía estar quedándose ciego. La sala podría haber sido el recibidor de un convento de monjas de finales de siglo. Y desperdigados sobre la noble ventana con parteluz había ponzoñosos panfletos (*¿Quién, yo? ¿Un hereje?*), ejemplares de *El Clementino* (esa intachable publicación mensual destinada a toda la familia y por lo tanto sin ningún interés para nadie en particular) y cantidad de impopulares historias populares y de biografías de la editorial Rueda de Molino (pues bajo una rueda de molino había muerto san Clemente de Blois a manos de los hugonotes).

En opinión del padre Urban, esos objetos poseían solo un limitado encanto en los vestíbulos de las iglesias y ninguno en absoluto en aquel barrio. Sin duda la Divina Providencia desempeñaba un papel importante en cuanto al éxito que tuvieran, y lo mismo se podría decir del programa de radio (*Dios es nuestro Patrocinador*), pero allí, en el cercano North Side, el padre Urban sentía que iba a depender más de los propios clementinos. Y que allí su fracaso iba a ser notorio. No solo tendrían que hacerse atractivas la sala y la ventana sino que los hombres que asignaran a esta sede tendrían que resultar asimismo atractivos –hombres escogidos, hombres capaces de llegar al tipo de personas que vivían o que trabajan en la zona–: ejecutivos cosmopolitas a quienes les gustaba el ambiente, neuróticos metidos en las artes escénicas, delincuentes y políticos jubilados, y a las respectivas mujeres de todos estos –no era lo que se dice un público familiar–. Tal vez *fuese* un trabajo para los jesuitas, como decía el padre Boniface, pero los clementinos ya estaban sobre el terreno,

¿no? ¿Por qué se tendría que permitir siempre que los jesuitas lo fuesen todo para todos²?

Es lo que había alegado el padre Urban, pero no llegó a nada.

Le parecía que la Orden de San Clemente vivía en la creencia de que la mediocridad era su maldición, y que así había sido casi desde el principio. En Europa, los clementinos no se habían recuperado (se decía siempre) de la Revolución francesa. Y cierto era que en el Nuevo Mundo nunca habían echado verdaderamente a andar. Su historia revelaba pocas cosas de las cuales vanagloriarse: un santo (el santo fundador) y unos cuantos obispos en sedes misioneras, pero ningún teólogo de renombre, ningún pensador original, ni un científico siquiera. Los clementinos eran únicos en ser conocidos por absolutamente nada. Andaban en baja forma por todo el mundo. La provincia de Chicago estaba probablemente mejor que las otras, pero eso no era decir mucho. Su facultad era una ruina, sus institutos cumplían con el mínimo y sus parroquias, salvo unas pocas, se encontraban en zonas conflictivas de Texas y de Nuevo México a las que ninguna orden en su sano juicio acudiría. ¡Su último elefante blanco era un manicomio abandonado en la Minnesota rural! Pero eso era típico del padre Boniface y los demás. No reconocían un mal asunto ni cuando lo veían –ni tampoco uno bueno.

Al padre Urban le molestaba que al parecer muy pocos de sus compañeros apreciaran la nueva localización, salvo por

² Corintios 9, 22: «Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todos, para que de todos modos salve a algunos».

su cercanía al lago. Salían a dar paseos interminables igual que si estuvieran en el noviciado. Se burlaban entre ellos de las tiendas de productos psicoactivos del barrio, de los restaurantes con nombres extranjeros, de las pequeñas galerías en las que, cómo no, había esa clase de cuadros que hoy día cualquiera debía esperar ver. Al padre Urban le molestaba y le dolía, sí, pero no le sorprendía. La orden no salía mucho a inspeccionar el terreno, se contentaba con el material que le sobrevenía –la mayoría, graduados de sus institutos y lectores de sus anuncios (*¡Hazte cura!*) en *El Clementino* y en revistas similares–. Miembros como el padre Boniface hablaban de «fortalecer» la orden, pero el padre Urban tenía otro plan –elevar el *tono* llenando el noviciado de hombres excepcionales–. Había errado el tiro alguna vez –dos de sus reclutas resultaron ser homosexuales y otro un homicida– y la mayoría de ellos, cómo no, tal como llegaba se iba. Pero había tres o cuatro muchachos allá en el noviciado, muchachos de primera que aguantaban contra viento y marea en un entorno hostil. Las esperanzas que el padre Urban tenía depositadas en la orden residían en ellos, en otros pocos más jóvenes que él, pero ordenados sin percances, y en sí mismo.

El padre Urban sabía (mejor que nadie) que la orden no estaba capacitada para ejercer de manera eficaz una influencia positiva en el cercano North Side ni en cualquier otra parte del siempre cambiante mundo actual, ni lo estaría jamás, lo sabía, mientras hombres del cuño del padre Boniface tuvieran la sartén por el mango. Necesitaban un nuevo enfoque. Idealmente, debía ser suyo de manera clara e inconfundible. De lo contrario, no era sino cuestión de tiempo que la orden muriera por el camino. Cabía la posibilidad de que su final

fuera repentino, por decreto –un *coup de grâce* desde Roma–, pues se rumoreaba que podría haber una reevaluación de las órdenes religiosas, una criba en la grey. El padre Urban se temía que, de suceder aquello, los clementinos estuvieran entre los primeros en caer.

De suceder aquello, sin embargo, no sería culpa del padre Urban. Mientras otros hablaban de más –más programas de radio, más publicaciones, más escuelas e incluso más de esas actividades que ya habían estirado demasiado– el padre Urban se pateaba el país, los retiros y las misiones parroquiales y hacía el trabajo de una docena de hombres. Y aun así encontraba el tiempo y la energía necesarios para hacer amigos, tal como ordenaban las Escrituras, mediante las riquezas injustas³.

³ Lucas 16: 9, «Y yo os digo: ganad amigos mediante las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas».

